- https://www.elcorreo.com/opinion/tribunas/martin-alonso-zarza-civismo-intermitentes-20261024235016-nt.htmliñetas

Martín Alonso Zarza

Civismo sin intermitentes

elcorreo, 23 de octubre de 2026.

> *Cuanto más densa es la mediación tecnológica, menos parece contar la conciencia de las buenas maneras y en general de las señales necesarias para facilitar la convivencia.*

El principio de relatividad de los sentidos enseña que percibimos los cambios por contraste con un punto de referencia: una variación brusca llama la atención, mientras una sucesión de pequeñas variaciones puede resultar imperceptible. El eco del último informe PISA se inscribe en ese registro: la magnitud del cambio puede pasar inadvertida hasta que la serie acumulada muestra para España, entre 2015 y 2025, una caída de 15 puntos en ciencias, 27 en matemáticas y, en lectura, 42, equivalente a algo más de dos años de aprendizaje.

No ocurre solo en la escuela; el ámbito del civismo revela fenómenos análogos. No hay un PISA para detectar aspectos referidos a las buenas maneras -ceder el paso, dar las gracias, respetar la cola, cuidar el uso del móvil, acudir puntualmente a las citas…-, pero cabe encontrar un indicador aproximado en una conducta cooperativa: el uso del intermitente. Según los observatorios de Autopistas del grupo Abertis, los conductores de vehículos ligeros que señalizaban la maniobra de adelantamiento pasaron del 60,4% en 2017 al 33% en 2022, una reducción de 27,4 puntos, o del 45% en términos relativos.

El uso del intermitente es obligatorio según el Reglamento General de Circulación, pero la probabilidad de sanción es baja, lo que permite considerarlo un indicio de conducta cooperativa. Simbólicamente, expresa que un conductor tiene en cuenta a otras personas que, a diferencia de muchas interacciones interpersonales, son desconocidas. Poner el intermitente significa pensar en el otro, una disposición poco favorecida por la orientación narcisista de la sociedad que señala Byung-Chul Han en 'Sin respeto. Una crisis social'.

Apunta aquí una paradoja: nunca ha habido coches ni aulas con mayor infraestructura de comunicación y, a la vez, menor atención a los textos, como muestra el crecimiento de los «lectores apresurados» en el informe PISA, y una menor disposición a comunicar la propia conducta a los demás, como sugiere la caída del uso de los intermitentes. Cuanto más densa es la mediación tecnológica, menos parece contar la conciencia de las señales necesarias para facilitar la convivencia. No es una particularidad española.

En 'El proceso de la civilización', Norbert Elias muestra cómo aspectos aparentemente menores de la conducta, como las formas o las maneras, revelan fenómenos profundos del funcionamiento social. Manifiestan que el sujeto ha interiorizado mecanismos de autorregulación sin los cuales la

convivencia es insostenible en sociedades complejas: no se puede colocar un policía para cada actor. De ahí la relación con el civismo: el espacio común es una responsabilidad colectiva. En otro plano, el constitucionalismo institucionaliza esa misma lógica de autolimitación mediante reglas, controles y contrapesos que restringen el ejercicio del poder, hacen previsible su conducta y contribuyen a mantener la confianza social.

Elias observa que cuando esas autorregulaciones que hacen posible la cooperación entre ciudadanos y la defensa del bien común se debilitan, se invierte la dirección del cambio y se producen procesos de descivilización. Los ejemplos seleccionados pueden leerse como síntomas de ese proceso: las reglas formalmente no han cambiado, pero determinados comportamientos apuntan a una menor disposición a observarlas y a priorizar el interés común.

Los síntomas de descivilización son difíciles de advertir precisamente porque rara vez se presentan como una ruptura. La pérdida de prácticas como las antes señaladas puede ocurrir gradualmente, hasta convertir la excepción en una nueva normalidad desde la que se producirá un deterioro adicional. Es un proceso que guarda relación con las «democracias estresadas» de las que escribe Jesús Casquete. Se desplaza así el umbral de lo socialmente aceptable, en un proceso análogo, en cierto sentido, al descrito por la ventana de Overton. Opera aquí la relatividad de los sentidos: cada variación se percibe respecto del estado inmediatamente anterior. Es la lógica de la rana cocida, que se habitúa al cambio en vez de reaccionar a él.

PISA y los datos sobre el uso del intermitente son fenómenos heterogéneos, pero pueden contemplarse como indicios de una marea de fondo caracterizada por la erosión del civismo y las buenas maneras. En términos de Elias, apuntarían al debilitamiento de esas autorregulaciones que hacen posible la convivencia y sostienen el espacio común. Y es precisamente el gradualismo el que permite, con las debidas cautelas, enlazar esta reflexión con un fenómeno estrictamente político que Michele Ainis denomina «fascismo blanco»: la erosión democrática puede producirse mediante pequeñas restricciones que, acumulativamente, terminan alterando la naturaleza del sistema. Como escribe Ainis, «un lazo se nos va cerrando alrededor del cuello. Lentamente, sin brusquedad, quitándonos el aire poco a poco». De ahí la necesidad de anteponer la defensa del constitucionalismo a las lealtades políticas: «Reconocer el peligro, denunciarlo y combatirlo no es una batalla de partido, sea cual sea el partido. Es una obligación constitucional».